

## LA VIOLENCIA EN EL PERÍODO ESCOLAR

*Pilar Lledó*

La violencia juvenil es un problema muy complejo y que requiere un análisis en profundidad desde distintas ópticas. Pero hay algo de lo que podemos estar seguros: Es un fenómeno que se produce en el seno de una sociedad determinada y por lo tanto, toda la sociedad en su conjunto, cada cual según sus responsabilidades, tiene el deber de implicarse en la solución de este problema.

Se trata de efectuar una labor de prevención para que los hechos violentos no se produzcan, puesto que cuando tienen que intervenir las fuerzas de seguridad, en su función represiva, una vez cometido el delito, es la sociedad la que ha fracasado, padres, educadores, políticos, medios de comunicación, etc.

En definitiva, para paliar el gravísimo problema del aumento cualitativo y cuantitativo de la violencia entre los

niños, adolescentes y jóvenes, se necesita mejorar la seguridad ciudadana, entendida de modo integral, como aquella situación que posibilita el libre ejercicio de los deberes y derechos de los ciudadanos.

La seguridad ciudadana, no solamente constituye una condición necesaria para alcanzar el bienestar social y la felicidad personal, sino que resulta imprescindible para garantizar un gobierno democrático. Puesto que el miedo nos impide ser libres y sin libertad, la democracia carece de sentido.

Por ello, cuando hablamos de mejorar la seguridad, estamos hablando no sólo de conseguir esa calidad de vida sin la cual es imposible alcanzar la felicidad, sino de la posibilidad de un gobierno democrático, cuyo poder esté legitimado por la confianza de los ciudadanos.

Los griegos decían, ya que la finalidad de cualquier gobierno era conseguir la felicidad de los gobernados, que ellos entendían como armonía de cada uno consigo mismo y con los demás en el marco de una ciudad, creada para el bien común y en armonía también con la naturaleza de la que formaba parte.

Está claro que esta imagen de bienestar, nos resulta completamente utópica y sin embargo, de ella nació la necesidad de sociedad, de la política, del gobierno y los gobernantes y de las instituciones y el poder. María Zambrano en su obra **De lo humano y lo divino**, dice que la acción de gobernar es algo así como: caminar sobre las aguas de un río en movimiento”.

Y es así, porque la palabra gobernar se deriva de la raíz griega “kubernao” que significa dirigir con el timón. Si

continuamos con el símil del río en movimiento y de la nave que ha de gobernar en medio o a través de este continuo cambio, comprendemos fácilmente lo complejo que resulta lograr, mediante esta conducción, conseguir el bien común. Especialmente si consideramos que esta tarea de la gobernabilidad corresponde únicamente al gobierno de cada Nación.

No resulta casual que las palabras “gobernar” y “educar” procedan de las mismas raíces y que ambas impliquen la necesidad de conducir, a través de algo, un algo difícil, cambiante, proceloso, como las aguas del mar.

Nos guste o no, estamos viviendo en el continuo cambio y en él tendremos que sobrevivir.

Como dice Savater en el valor de educar, “Vivimos en una sociedad que debe defender unos valores que cada día están cambiando, en función de los nuevos problemas que surgen cada día. Ahí están, sin ir más lejos, cuestiones como la biogenética, o la inmigración hoy diríamos también nuestra seguridad, medio ambiental o alimentaria que exigen respuestas inmediatas. Lo que hay que defender es una sociedad que potencie la capacidad de reflexionar, de dialogar, de discutir, de pensar colectivamente con independencia.”

En este nuevo milenio, está configurándose un mundo nuevo.

Como señala Castell, ha surgido de la coincidencia histórica de tres procesos independientes: la revolución de la tecnología de la información; la crisis económica tanto del capitalismo como del estatismo; y el florecimiento de nuevos movimientos sociales y culturales.

La interacción de esos procesos y las reacciones que han desencadenado, han creado una nueva estructura social dominante, la sociedad en red; una nueva economía, la economía de la información global; y una nueva cultura, la cultura de la multiplicidad.

La producción de bienes ha aumentado debido a la revolución tecnológica, la información global y las comunicaciones, pero el trabajo ha disminuido. Nos encontramos ante el dilema que para paliar el paro, hay que precarizar el empleo. Y para mantener nuestra posición en el mercado internacional, debemos disminuir las prestaciones del estado de bienestar con los consiguientes costos sociales.

Además la técnica y la ciencia están la mayoría de las veces, al servicio de intereses económicos que superan el control de los gobiernos nacionales y cuyos objetivos nada tienen que ver con la consecución del bien general.

Todo ello, unido a otros factores, que sería muy extenso analizar, está produciendo un desajuste y una falta de cohesión social que incide en la falta de solidaridad, responsabilidad e implicación de los ciudadanos, en el logro de la felicidad objetiva y que aumenta de día en día la apatía de éstos, con el consiguiente daño para la democracia.

Vivimos en una democracia representativa, en la que no nos consideramos la mayoría de las veces representados. Cada día aumenta más la desconfianza en las instituciones y especialmente en los políticos que las dirigen, mientras, curiosamente, más delegamos en ellos nuestra felicidad, no solamente objetiva, sino incluso subjetiva. Aunque realmente ninguno de nosotros pensamos que se trata de una delegación, sino más bien de una dejación por nuestra parte, de nuestros deberes y responsabilidades.

La democracia no es sólo un sistema político, sino un modo de ver la vida, Stuart Mill decía que el fin último de la política es la educación de los que participan en ella, al crear hábitos de comportamiento, actitudes y mentalidades solidarias, responsables, comprometidas y tolerantes. Pero ¿cómo vamos a adquirir estos valores, si estamos convencidos de que la acción política no nos incumbe?.

Una de las razones que normalmente se aducen para no participar en construcción de lo social, es la falta de tiempo. Esa falta de tiempo que ha ido destruyendo las relaciones sociales, la intercomunicación y los vínculos de solidaridad, hasta hacer ampliar las formas sociales institucionales de asistencia social y los negocios privados, dedicados a resolver estos problemas.

Gorz, en un libro que se titula **Los caminos del paraíso** dice: “La confianza en uno mismo, la autonomía, la capacidad de resolver los problemas propios y los de los demás, se han visto despreciadas; los hijos se dejan en manos de los profesores, o lo que es peor ante la pantalla del ordenador, las cosas usadas se tiran a la basura en vez de arreglarlas, nos apuntamos a cualquier grupo terapéutico en vez de pedir ayuda a los amigos, al que va a morir se le aparca en el hospital y a los viejos en las residencias”.

Vivimos en la sociedad de la información, pero seguramente nunca hemos estado tan desinformados como ahora de aquello que realmente nos importa. Teniendo en cuenta que sólo poseemos la información que hemos asimilado y que nos permite comprender lo que verdaderamente está pasando, para aceptarlo o cambiarlo (decía Wittgenstein que todo lo que es, puede ser de otra manera) sin una educación crítica, no seremos nunca fábricas, sino simples almacenes de informaciones inconexas.

La democracia, además, no es sólo comunidad de opiniones, que a veces puede ser nefasta, (pensemos en el fantasma del pensamiento único), sino fundamentalmente de acciones que realizamos juntos, uniendo todas nuestras fuerzas, para conseguir ese marco de convivencia, causa y consecuencia de la seguridad.

En el primer congreso internacional de la lengua española, celebrado el año pasado en México, se alertaba sobre la amenaza de la globalización informática, en el sentido de que puede producir una información uniformada y sin posibilidades críticas, distribuida a través de las redes de comunicación a escala mundial, por medio de los grandes monopolios de los medios de comunicación.

Esta amenaza es muy grave, pues la uniformización cultural se hace desde los nuevos centros de poder y evidentemente conforme a sus particulares intereses, atenta contra nuestra libertad de elección, en virtud de la cual llegamos a ser seres humanos.

Hoy sentimos que pequeños grupos, de cuyas decisiones depende el destino de gran parte de la humanidad, ejercen todo el poder (poder que antes correspondía a los Estados Nacionales) sobre la sociedad y el sentimiento individual de impotencia y soledad va aumentando día a día.

El individuo, como en la novela de Kafka "El castillo" se siente amenazado por fuerzas omnipresentes y omnipotentes, que desconoce y a las que no puede jamás acceder.

Nos sentimos cada vez más inseguros y menos libres.

Y creo que una parte fundamental de las respuestas a tantos interrogantes, la tiene la educación, porque la genética

nos predispone para llegar a ser seres humanos, pero sólo mediante la educación, llegamos a serlo.

En la Grecia clásica, distinguían entre educación e instrucción. La educación correspondía al pedagogo, que pertenecía al ámbito del hogar y convivía con el niño y su familia, para instruirle en los valores de la ciudad y formar su carácter y su integridad moral. El maestro, en cambio, enseñaba en el exterior, literatura, escritura, gramática, o aritmética.

Actualmente no debe separarse educación e instrucción y cualquier intento de informar de modo neutro, creo que está abocado al fracaso.

Juan Delval en su libro "Los fines de la educación" dice que se trata de formar "una persona capaz de pensar, de tomar decisiones, de buscar la información relevante que necesite en un momento determinado, de relacionarse positivamente con los demás y cooperar con ellos y que esta persona así educada es mucho más polivalente y tiene más posibilidades de adaptación que la que sólo posee una instrucción específica".

Este proceso educativo, en el que deben intervenir la escuela, la familia y todo el entorno social, no supone mera transmisión de conocimientos o destrezas, sino que tiene que estar guiado o conducido, hacia un proyecto de ser humano y de sociedad determinado.

Vamos a analizar a continuación los tres pilares básicos en los que descansa esta primera etapa de socialización, en las que se depositan las semillas del comportamiento futuro de los niños: semillas de tolerancia, solidaridad y responsabilidad, o de apatía, egoísmo y violencia.

La familia es la principal fuente de socialización, al hacer posible que los valores y las pautas de una sociedad sean asimiladas y aceptadas por los individuos más jóvenes. Esta educación familiar funciona fundamentalmente vía ejemplo y el niño o el adolescente tienden a identificarse con los modelos propuestos o a rechazarlos, sin saber que de ello depende su futura aceptación social o posible marginación. Aquí no es posible una valoración crítica y desapasionada, porque el motivo último de esta identificación no es personal sino afectivo y consiste en el miedo a dejar de ser amado.

Pero la familia no es neutra, sino que está adaptada a las exigencias ambientales, culturales, sociales y económicas que la rodea, por lo que trasmite la cultura que posee dentro del "status social" en que se encuentra, por eso, a veces, la socialización familiar sirve para perpetuar los prejuicios sociales vigentes.

¿Quiénes sino la mayoría de los padres son los primeros en fomentar en sus hijos actitudes de insolidaridad, competitividad al precio que sea, venganza, o prejuicios sociales, raciales o sexuales?

Hoy se dice que la familia está en crisis y por tanto no puede cumplir esta tarea de la socialización primaria. Desde luego las causas no hay que buscarlas, como se suele afirmar, en la incorporación de la mujer a la vida pública, o en la existencia del divorcio.

Existe una crisis de autoridad, que no de autoritarismo, que afecta también al ámbito de la familia. Y esta actitud, en el fondo, no significa por parte de los padres un mayor deseo de libertad e independencia para sus hijos, sino



que muy al contrario, lo que supone es una falta de compromiso con la transformación de la realidad y una apatía y falta de ilusión respecto de la posibilidad y necesidad de contribuir activamente a la mejora de la sociedad.

La autoridad le resulta imprescindible al niño para poner límite a su actuación sobre el mundo y sobre sí mismo y la necesita para configurar el principio de realidad, que deberá equilibrarse con el principio del placer, para lograr un desarrollo psicológico armónico.

Quizás mantener el principio de autoridad es duro y esto vale para todos, porque en el fondo significa responsabilizarse con la realidad y comprometerse en su transformación, y si existen palabras con poco éxito en nuestro vocabulario actual son responsabilidad y compromiso.

Hay que educar en la ciudadanía. Ciudadano, desde Platón, es el sujeto de derechos y de deberes. La autoridad no significa mandar mucho ni imponer nada, sino hacer crecer y la pérdida de autoridad no conduce a la libertad responsable, sino a la inseguridad, al miedo, que puede desembocar fácilmente en cualquier forma delictiva de autoritarismo, incluso de fascismo.